

EL PROYECTO JESUITICO PARA LA EXPLORACIÓN Y OCUPACIÓN DE LAS COSTAS PATAGÓNICAS EN EL SIGLO XVIII

Carlos A. Page
(CONICET-CIECS)

Resumen:

Los jesuitas promovieron la evangelización de la Patagonia creando efímeras reducciones e intentando un subrepticio proyecto de ocupación que interesó a la Corona desde un punto de vista geopolítico. Este trabajo intenta mostrar la participación de los procuradores de la Compañía de Jesús y los recursos políticos que usaron para cumplir objetivos, no solo de evangelización y exploración, sino fundamentalmente en defensa de la vida de los aborígenes. Los resultados no fueron los esperados, pero los denodados intentos valen en sí mismos en tanto constituyen una particular visión diferente de la realidad imperante.

Palabras Claves: Expedición a la Patagonia – Reducciones jesuíticas – Indios Pampas

JESUIT PROJECT FOR THE EXPLORATION AND OCCUPANCY PATAGONIAN COASTS IN THE EIGHTEENTH CENTURY

Abstract:

The Jesuits promoted evangelization of Patagonia creating ephemeral reductions and attempting a surreptitious occupation project that interested the Crown from a geopolitical standpoint. This paper aims to show the involvement of attorneys from the Society of Jesus and the resources used to achieve political objectives, not only for evangelization and exploration, but mainly in defense of Aboriginal life. The results were not as expected, but worth the strenuous attempts to constitute themselves as a special different view of the realities.

Keywords: Expedition to Patagonia - Jesuit Reductions - Pampas Indians

Introducción

Numerosos son los libros y artículos referidos a las misiones de los indios poyas y pampas que se desarrollaron en las cercanías de la cordillera unos y en las de Buenos Aires otras. Indudablemente la temática historiográfica la plantearon por primera vez los jesuitas Enrich, Leonhardt, Grenón y Furlong, aunque no le van a la saga otros historiadores contemporáneos como

Monseñor Pablo Cabrera¹. Sin embargo son también conocidos, y en base a sus relatos se basaron estos historiadores, los textos que dejaron los protagonistas de aquel tiempo, como los jesuitas Cardiel, Quiroga, Falkner, Machoni, Peramás, Paucke, Sánchez Labrador, e incluso historiadores del Instituto como Rosales, Olivares, Charlevoix y Lozano. A partir de ellos y sobre todo, de la extendida y erudita obra de Furlong, que escribió sobre cada uno de los personajes, se construyó un cuerpo bibliográfico difícil de superar. Aunque no son menores los aportes posteriores que encontramos en Biedma y los PP. Bruno y Costa². Igualmente el tema siempre vuelve a ser objeto de estudio desde otras visiones y especialidades como las obras de Foerster, Moreno Jería y en varios artículos que van desde los significativos aportes de Rosso y Storni poco después³, hasta recientes publicaciones, como los de Carlón, Néspolo, Mandrini, Page, Conlazo, Urbina y Martínez Martín, entre muchos otros.

De estas valiosas visiones nos interesa destacar un punto, un tanto soslayado y que creemos de suma importancia, que implica directamente la política reduccional propia que tenían los jesuitas en la región. Sus experiencias entre guaraníes y luego chiquitos, los dotaba de un prestigio que realmente les otorgaba autoridad suficiente para determinar opiniones valederas en cuanto a la evangelización y la relación con los aborígenes. Pero los ignacianos también tenían perfecto conocimiento de la situación de los hispano-criollos y la repulsiva relación que tuvieron con aquellos desde la conquista en que se creían con derecho a esclavizarlos. Esto es muy conocido, con focos bien marcados, como por ejemplo en Asunción. Pero también sabemos que se extendió por todo el continente. Aunque había otras cuestiones que quedaron evidentes con el tiempo, pues en realidad más que convertir a los indios al cristianismo, tenían como objeto crear fronteras de paz y evitar guerras, o bien concentrar personas que protegieran las ciudades hispanas, a la vez que sus

¹ Francisco Enrich SJ, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, T. 1. Barcelona: Imprenta de Francisco Rosal, 1891. Carlos Leonhardt SJ, “La Misión de Indios Pampas”, *Estudios*, n° 26 y 27 (Buenos Aires, 1924). Pedro Grenón SJ, *Los pampas y la frontera del sur. Documentos para la historia de la Reducción*. Córdoba: Imprenta Liendo, 1924. Guillermo Furlong SJ, *Entre los pampas de Buenos Aires. Según noticias de los misioneros jesuitas Matías Strobel, José Cardiel, Tomás Falkner, Jerónimo Rejón, Joaquín Camaño, Manuel Querini, Manuel García, Pedro Lozano y José Sánchez Labrador*. Buenos Aires: Talleres gráficos San Pablo, 1938. Mons. Pablo Cabrera, *La conquista espiritual del desierto*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 1934.

² Juan Martín Biedma, *Crónica Histórica del lago Nahuel Huapi*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1987. Cayetano Bruno SDB, *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial don Bosco, V. 3: 1968, V5: 1969. Ignacio M. Costa, *Reducción y el Cristo de la Buena Muerte*. Río Cuarto: Ed. del ICALE, 1992. Ignacio M. Costa, “La reducción jesuita de los indios pampas en El Espinillo [Córdoba] (1691)”. *Archivum*, t. XIX (Buenos Aires: Junta de Historia Eclesiástica Argentina, 2001).

³ Rolf Foerster G., *Jesuitas y Mapuches: 1593-1767*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1996. Rodrigo Moreno Jería, *Misiones de Chile austral: Los jesuitas en Chiloé 1608-1768*. Sevilla: CSIC, 2007. Giuseppe Rosso, “Nicolò Mascardi. Missionario Gesuita esploratore del Cile e della Patagonia (1624-1674)”. *Archivum Historicum Societatis Jesu*, N° XIX, (Roma, 1950). Hugo Storni SJ, “Nicolò Mascardi, S.I., 1624-1674”, *Quaderni Franzoniani* 5 (Roma, 1992).

vecinos se repartían sus tierras⁴. Pero el clero, sobre todo el regular, estaba convencido que llevar la Palabra de Dios a los aborígenes y europeizarlos en sus costumbres, era un bien para esta gente que miraban con compasión y desde una superioridad humana. Aunque frente a esta realidad algunos de ellos se dieron cuenta de los encubiertos intereses de algunos de sus compatriotas y a pesar de todo, hasta entregaron sus vidas por una causa que sin duda era noble. Pues los jesuitas llegaron a ser intermediarios de la vida y la muerte, de la cristiandad y la esclavitud. Esas eran las opciones para seres humanos que fueron víctimas del colonialismo.

Lo sucedido en la Patagonia es otro ejemplo de lo acontecido entonces. Nos referimos a un amplio territorio nunca conquistado por los españoles, aunque se incluyera en las posesiones de ultramar como incluso la temida región del Chaco. Pero en realidad fueron regiones con una férrea defensa territorial de manos de sus habitantes; es decir una serie de naciones indígenas que en el caso del sur, su límite con los españoles abarcaba un difuso abanico que nacía en la cordillera, se extendía por el río Tercero o Cuarto por Córdoba y alcanzaba el Salado hasta el Atlántico. De allí hasta Tierra del Fuego eran tierras habitadas que los españoles apenas alcanzaron a conocer.

La ladera oriental de la cordillera y la pacificación llevada por los jesuitas

Los españoles de las ciudades de Villarrica y Osorio en Chile, fueron quienes en el Siglo XVI y por primera vez, cruzaron la cordillera con el objeto de maloquear indios, justificando su acción ante una supuesta insurrección de los mapuches. A estas incursiones se contraponían feroces acciones que terminaban con destrucciones y matanzas injustificadas.

En una de las entradas hacia el actual territorio argentino, el capitán Juan Fernández alcanzó por primera vez el lago Nahuel-Huapi⁵ (hoy ciudad de Bariloche) en 1620. Perseguía la mítica ciudad de los



Fig. 1 Ubicación de la reducción de Nahuel Huapi según detalle del mapa de Tomás Falkner grabado por Tomás Kitchin de Londres en 1774 (Biblioteca Nacional de Chile, MC0018329).

⁴ En un informe que elevó el gobernador Urizar de Arespachoga el 24 de julio de 1712, describe una de sus entradas al Chaco, expresando que después de construir tres fuertes y tres reducciones: *“habiéndoles quitado el mejor terreno que ocupaban los indios de más de 100 leguas de largo y 40 ancho”*. De esas mismas tierras escribe dos años después: *“en el terreno que antes ocupaban los bárbaros hay más de 60 haciendas de campo”* (Pastells, op. cit. t.V, pp. 299 y 345).

⁵ Biedma, op. cit. pp. 18 y 24.

Césares y en su viaje registró una gran cantidad de habitantes, aunque con marcadas diferencias étnicas que en ocasiones tenían serios enfrentamientos (Fig. 1).

A esta situación se sumaban las ambiciones hispanas por conseguir mano de obra para enviar al Alto Perú, llegando a rubricarse varios tratados de paz en donde los jesuitas tuvieron especial participación. Entre 1651 y 1717 los ignacianos de Chile cruzaron la cordillera para concertar parlamentos en la región, misionar entre los indios y establecer reducciones. Primero fue el P. Diego de Rosales⁶, quien como superior de Araucanía⁷, lo hizo junto al volcán Lanín en 1651 y luego a orillas del Nahuel-Huapi en 1653. Posteriormente el P. Mascardi volvió al mismo lago, fundando una reducción en 1670, que permaneció solo cuatro años fructíferos. Luego y por intercesión del provincial P. Antonio Alemán, autor de una relación sobre la misión de Nahuel-Huapi⁸, se iniciaron las tramitaciones para que se restaurara la misma, enviando al P. José de Zúñiga⁹ en 1684, contra el parecer del gobernador de Buenos Aires don José de Garro. Finalmente el P. Felipe van der Meren¹⁰ volvió al Nahuel-Huapi en 1703 con autorización del gobernador y la Real Junta de Misiones creada en 1697¹¹, logrando reconstruir la reducción. Lo acompañó el jesuita sardo Juan José Guillelmo pero ambos fueron muertos envenenados, en medio de difíciles circunstancias. Este último había descubierto un corto camino que comunicaba Nahuel-Huapi con el

⁶ El P. Rosales nació en Madrid en 1605, ingresando al Instituto en Toledo a los quince años y obteniendo el título de bachiller en filosofía de la universidad de Alcalá de Henares. Continuó sus estudios en Murcia y luego en Perú, donde llegó en 1626. Ya se encontraba en Chile cuando profesó sus últimos votos en 1640, donde alcanzó a ser viceprovincial (1661-1664). Falleció en Santiago de Chile en 1677 legándonos como fruto de su aquilatada experiencia dos obras de gran importancia. Una Varones Ilustres de los jesuitas en Chile que permanece inédita (Archivo de la Provincia Jesuítica de Chile (ASJCh) *D. de Rosales. Varones Ilustres*. Libro # 303) y su monumental obra Historia del reino de Chile, perdida y recuperada en Londres en el siglo XIX, y que fue publicada en tres tomos con una introducción de Benjamín Vicuña Mackenna (Enrich, op. cit. t. I, p. 716).

⁷ En la Araucanía los jesuitas tenían dos centros de expansión apostólica llamados Boroa y Buena Esperanza. Para 1655 estaban en el primero los PP. Rosales y Astorga y en el segundo los PP. Mascardi y Montemayor (Guillermo Furlong SI, *Nicolás Mascardi, SJ y su Carta Relación (1670)*. Buenos Aires: Ed. Theoría, 1963, pp. 20-21-23).

⁸ Carta del P. Alemán al rey. Santiago de Chile, 24 de enero de 1700. Archivo General de Indias-España (AGI), Chile 153.

⁹ Hijo de Francisco Zúñiga marqués de Baydes, fue gobernador, presidente de la Audiencia y pacificador de Araucanía. Nació en Concepción en 1642, ingresando al Instituto en Madrid a los 20 años. Estuvo en Mendoza antes de partir a los poyas en 1687 e hizo sus últimos votos en Castro en 1692, fue el quinto provincial de Chile, falleciendo en Concepción el 30 de enero de 1727 (Hugo Storni SI, *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*). Roma: Institutum Historicum S.I., 1980, p. 315. Enrich, op. cit, t.2, p. 139).

¹⁰ Españolizó su nombre como Felipe de la Laguna. Nació en Malinas, Bélgica, el 8 de octubre de 1667, ingresando al Instituto Flandro-Belga en 1683. Sus primeros votos los profesó dos años después y en 1697 el obispo Humbert-Guillaume de Précipiano le otorgó el sacerdocio. Llegó a Buenos Aires en 1698 y a los seis meses se encontraba en Chile. Sus últimos votos los profesó en Santiago en 1703, falleciendo mártir en Nahuel-Huapi el 29 de octubre de 1707 (Storni, *Catálogo*, p. 296).

¹¹ Esta Junta estaba compuesta por el gobernador, el oidor más antiguo de la Audiencia, obispo y deán de la Catedral de Santiago, oficiales reales y dos sacerdotes. No solo los jesuitas estaban excluidos sino también se les prohibía erigir colegios incoados, tener haciendas entre los indios y estar subordinados en todo a las disposiciones de la Junta. Como ventajas tenía que no se podrían hacer merced de tierras en territorio mapuche, evitando con esto las encomiendas y podrían fundar un colegio seminario para 20 caciques de Arauco a cargo de tres jesuitas, además de impartir la lengua araucana en colegios franciscanos y jesuíticos, aunque esto último prácticamente no se cumplió. La Junta en realidad fue inoperante (Foerster, op. cit. pp. 284-293).

otro lado de la cordillera. Cuestión que no agradó a los indios y seguramente haya sido el motivo de su asesinato. Pero cuando los jesuitas enviaron en su reemplazo al chileno P. Francisco Javier Elguea, también fue asesinado en 1717, con lo que se dio fin a todo intento reduccional en la región.

Los naturales, sobre todo los pacíficos poyas, aceptaban la paz y sometimiento al Evangelio para protegerse de los españoles y de sus enemigos indígenas. De allí el supuesto éxito de los jesuitas que repetían el ritual parlamentario para sumar nuevas almas, ante continuas e imprevistas malocas hispanas que en realidad nunca cesaron y que obviamente tuvieron reacciones bélicas por parte de los indios. Por su parte los jesuitas, sobre todo el P. Rosales, también comenzaron a cuestionar en este contexto, la licitud de la esclavitud siguiendo las teorías de otros hermanos de religión como el P. Francisco de Vitoria. Es decir que insisten que no había causas para provocar la guerra contra los indios y que ella lo único que conseguía era aversión a los cristianos y que sin la paz no había posibilidades de evangelización, justificando incluso la acción defensiva de los indios ante los agravios de los españoles¹².

El mayor momento de paz fue el tiempo del P. Nicolás Mascardi¹³, un notable jesuita interesado en la ciencia, que lo llevó a crear un observatorio y museo de curiosidades de la naturaleza en Buena Esperanza¹⁴. Desde 1662 que inició su rectorado en el colegio de Castro en Chiloé, tuvo contacto con poyas de la cordillera oriental que fueron su pasaporte para entrar y fundar la reducción de Nahuel-Huapi en 1670¹⁵, e incluso comenzar desde allí otra actividad como fueron las exploraciones por la cordillera que lo llevaron hasta el Estrecho de Magallanes. Pero de regreso de su cuarto viaje fue

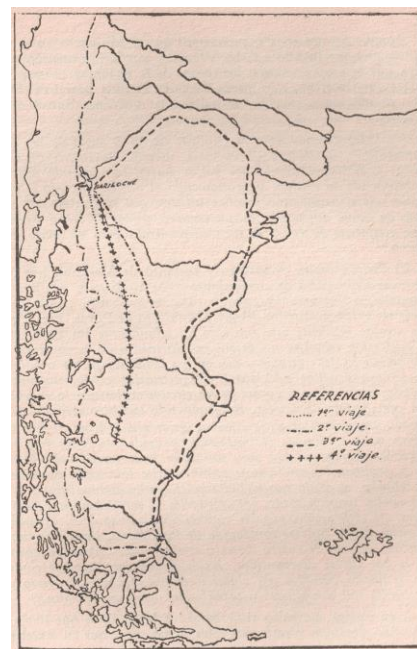


Fig. 2 Los cuatro viajes del P. Mascardi (Furlong, Nicolás Mascardi..., p.63).

¹² Ibídem, p. 250.

¹³ El P. Mascardi nació el 5 de setiembre de 1624 en Sarzana, ciudad perteneciente en su época a la jurisdicción de Génova (hoy de La Spezia), ingresando al Instituto de Roma en 1638 donde tuvo de Maestro de Novicios al futuro General Juan Pablo Oliva. Murió mártir antes de cumplir los 50 años, de los cuales poco más de 35 dedicó a la Compañía de Jesús. Su fallecimiento fue motivo para que su compañero Diego Rosales, escribiera dos Relaciones o Carta de Edificación que se convirtieron en las primeras piezas biográficas de su persona. Una la publicó Guillermo Furlong SJ, "Vida apostólica y glorioso martirio del venerable padre Nicolás Mascardi", *Anales del Museo de la Patagonia "Francisco P. Moreno"*, N° 1 (Buenos Aires, 1945), pp. 195-235 y se encuentra en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI), Fondo Gesuítico, 851. La otra permanece inédita en ARSI, Chile 5, fs. 178-178v. Entre los biógrafos que contó luego, sobresalen por sus aportes Rosso, "Nicoló Mascardi...", pp. 1-74; Furlong, *Nicolás Mascardi...*, pp. 1-136 y finalmente Storni, "Nicolò Mascardi...", pp. 87-91.

¹⁴ Furlong, "Vida apostólica...", p. 26.

¹⁵ Carta y Relación que escribió el P. Nicolás Mascardi a los PP. Bartolomé Camargo, rector de Chiloé y Juan del Pozo y Esteban Carvajal, 15 de octubre de 1670. ARSI, Chile 5, fs. 162-167v. En Furlong, "Vida apostólica...", p. 19.

martirizado y asesinado por lo indios en 1674 (Fig. 2). Con ello se perdieron sus valiosos papeles, que incluían no solo vocabularios y etnografía indígena, sino una descripción de las tierras del Estrecho de Magallanes que envió a Roma y que se encuentra perdida¹⁶.

Luego de 1717, alguna que otra vez, un ignaciano solicitó ser enviado a los grandes lagos, pedido que recién se concedió en 1766 al P. Segismundo Güell. Esta decisión se tomó a partir de la solicitud que hicieron los jesuitas de Chile a la Junta de Poblaciones dos años antes. La propuesta la había elevado el procurador P. Juan Nepomuceno Walter quien pretendía restablecer Nahuel-Huapi y desde allí alcanzar el Estrecho de Magallanes en un ambicioso plan evangelizador que, ideado medio siglo antes, pretendía también habilitar el paso continental del archipiélago de Chiloé que contaba con solo una inconstante e insegura comunicación marítima con el norte de Chile¹⁷. Así fue que, el rector del colegio de Castro P. Melchor Stracer, le propuso lo mismo al gobernador de Chiloé, Juan Antonio Carretón, quien encabezó una expedición con 100 hombres para reconocer el antiguo camino descubierto por el P. Guillermo. Lo acompañó en su travesía el jesuita P. Javier Esquivel, que fundó una misión en Ralún. Solo pudieron establecer tres refugios, uno en la isla de Guar, otro en un paraje que llamó Nuestra Señora del Pilar de Calbutué y el tercero que llamó fuerte Gonzaga en el inicio del camino que llevaba al lago, pero de allí se volvieron sin cumplir su objetivo, aunque al llegar la primavera se alistó para salir nuevamente, pero no llegó a concretar el viaje¹⁸. En la siguiente primavera de 1766, el P. Güell fue en busca del camino perdido, junto con doce españoles y dos indios. Pero luego de seis meses de infructuosa búsqueda, decidieron regresar a Chiloé, aunque según los sitios mencionados por el sacerdote, estuvieron cerca de Nahuel-Huapi. Preparó una nueva expedición, pero el 29 de agosto de 1767 fue arrestado en Ralún por los soldados que llevaban el decreto de expulsión de la Compañía de Jesús.

Las reducciones jesuíticas pampeanas

Luego de la muerte del P. Mascardi y el intento del P. Zúñiga por restablecer las misiones en la cordillera oriental, en la gobernación del Tucumán se propuso detener los ataques indígenas del sur haciendo tratados de paz con los pampas y creándoles una reducción. También aquí se involucraron los jesuitas, quienes venían misionando y describiendo esta etnia desde mediados de la

¹⁶ *Ibídem*, pp. 113-115 y Moreno Jeria, op. cit, pp. 216-217.

¹⁷ *Ibídem*, p. 239.

¹⁸ M. Ximena Urbina, "La frustrada misión estratégica de Nahuel-Huapi, un punto en la inmensidad de la Patagonia". *Magallania*, Vol. 36 (1). 25 (Chile, 2008).

década de 1600 cuando dieron noticias desde las Cartas Anuas¹⁹. Recordemos que estos habitantes ocupaban una extensa región que alcanzaban la ciudad de Buenos Aires con asiduidad y desde su fundación, cuando debió ser empalizada para su defensa.

En este contexto era importante para la Corona la seguridad del puerto de Buenos Aires, que fue siempre un difícil problema, pues significaba un codiciado enclave para las naciones extranjeras, no solo Portugal sino principalmente Inglaterra, cuyas embarcaciones necesitaban hacer escala para traspasar el Estrecho de Magallanes. Numerosos funcionarios locales y peninsulares, como comerciantes y nobles, advirtieron a las autoridades hispanas sobre este peligro y la imperiosa necesidad de su protección.

Pero no menos importante y hasta más acuciante, era la dominación del espacio interno, pues los indios acosaban sus inmediaciones con frecuencia. De allí que muy tempranamente se crearon algunas reducciones cercanas a la ciudad, incentivadas por el oidor don Francisco de Alfaro, quien en 1611 sugirió que se crearan tanto en Buenos Aires como en Córdoba, sumándose a las existentes.

Las malas relaciones entre naturales e hispanos continuaron, aunque hubo destellos de paz durante los cuales hasta llegaban a comercializar diversos productos. Pero prevaleció una constante tensión de la que no era ajena la Corona que recibía todo tipo de informes. Cabe detenerse en el que elevó a la reina regente Mariana de Austria en 1673, el visitador y clérigo de la Catedral de Buenos Aires Dr. Gregorio Suárez Cordero²⁰. Su majestad había recibido varias relaciones, pero esta provenía de una persona que había tenido contacto con los indios pampas en Luján, habiéndole producido compasión y confianza su evangelización. No obstante informaba que los ataques contra los viajeros no sólo continuaban sino que se habían expandido a las estancias y perfeccionado en cuanto a nuevas armas que empleaban los indios. Proponía que se debía intentar primeramente llevar el Evangelio y si no resultaba, pues había que recurrir a la *manu militare*. A raíz de sus apreciaciones, dos años después llegó de la península la real Cédula del 22 de mayo de 1675, donde la reina ordenó a los gobernadores la creación de reducciones entre los indios pacificados²¹. Pero el gobernador de Tucumán recién se notificó de la misma en 1691 y el de Buenos Aires interpretó que debía realizar una maloca y salió a ella, capturando mil indios que distribuyó en tres reducciones, siendo reprimido severamente por su majestad, aunque la mayoría de los indios murió de viruela.

¹⁹ Carlos A. Page, *El Colegio Máximo de Córdoba según las Cartas Anuas de la Compañía de Jesús*. Córdoba: Báez ediciones, 2004, p. 137.

²⁰ Bruno, op. cit, T. III, p. 194.

²¹ Grenón, op. cit, pp. 18-19 y Mons. Pablo Cabrera, *Tesoros del pasado argentino. Tiempos y campos heroicos, primera parte la Cruz en la Pampa*. 2da. Edición, Córdoba: Imp. de la Penitenciaría, 1932, pp. 36-61. Este expediente fue publicado completo en la *Revista de la Biblioteca Nacional*, Tomo III, N° 12 (Buenos Aires, 1939) pp. 719 a 727.

Por ese tiempo, desde el colegio jesuítico de Córdoba, se envió al P. Diego Fermín Calatayud²² y como su compañero al P. Francisco Lucas Cavallero a misionar entre los pampas²³. Las conversaciones con el cacique Ignacio Muturo se iniciaron en 1689, como relata el mismo P. Lucas en su diario sobre la fundación de la reducción²⁴ y el provincial en la Carta Anua correspondiente²⁵. Al año siguiente los jesuitas regresaron siguiendo el diálogo de convencimiento

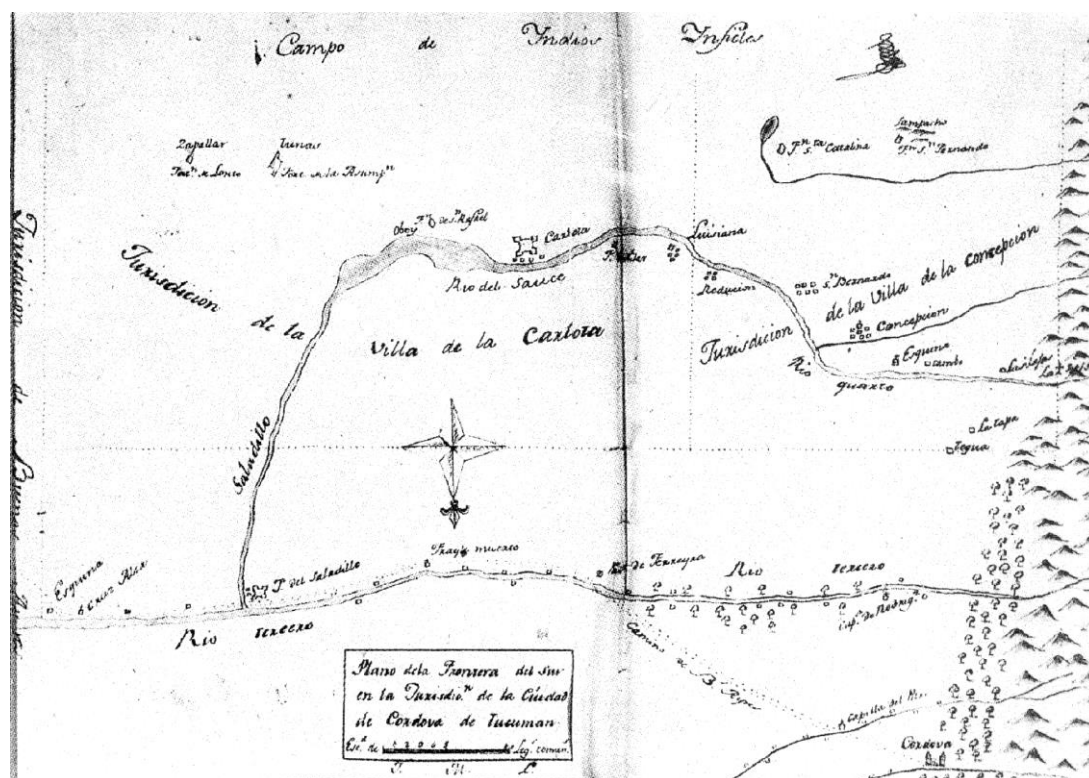


Fig. 3 Mapa (con el Norte al revés) mandado a hacer por el gobernador-intendente de Córdoba, marqués de Sobremonte en 1794. Obsérvese en la parte central a la izquierda la “Reducción” al sureste de la desaparecida villa de La Luisiana, en su definitivo y actual emplazamiento al otro lado del río Cuarto (Page, *Siete Ángeles*, p. 116).

²² El P. Calatayud nació en Tafalla, Navarra el 10 de julio de 1641, ingresando a la Provincia del Paraguay en 1660 y arribando a Buenos Aires en la expedición del procurador Francisco Díaz Taño tres años después. Su sacerdocio lo obtuvo en 1671 y sus últimos votos en 1678. Fue luego profesor en el colegio de Salta, en el de Tucumán y en el de Santiago del Estero donde falleció en 1710 (Storni, *Catálogo*, p. 48).

²³ Page, Carlos A., “El Padre Francisco Lucas Cavallero y su primera experiencia misional con la reducción de indios pampas”. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales “José Ortiz Mercado”, Universidad Autónoma “Gabriel René Moreno”. Seg. Época, Vol 12 N° 1-2 Junio-Diciembre, (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 2006), pp. 243-264. Page, Carlos A., “La relación del P. Francisco Lucas Cavallero sobre la formación de la reducción jesuítica de indios pampas en Córdoba (15-07-1693)”. *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, N° 24, (Córdoba, 2007), pp. 429-454 y Carlos A. Page, *Siete Ángeles. Jesuitas en las reducciones y colegios de la antigua Provincia Jesuítica del Paraguay*. Buenos Aires: SB ediciones, 2011, pp. 99-118. Monseñor Juan Bautista Fassi se ocupó extensamente de la región en una serie de artículos aparecidos en el periódico “El Heraldo de Reducción” de la localidad de Reducción, al igual que Costa, op. cit “La reducción jesuita...”, pp. 319-335. También Bruno, op. cit. t. IV, p. 305 y Cabrera, *Tesoros...*, entre otros que siguieron sus huellas entre los pampas, como Gabriela Alejandra Peña, *La evangelización de indios, negros y gente de castas en Córdoba del Tucumán durante la dominación española (1573-1810)*. Universidad Católica de Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades, 1997 y Orlando J. Herrera, “Reducción jesuítica de indios pampas”. *I Jornadas sobre el Legado Jesuítico en Córdoba*, UNESCO- (Universidad Nacional de Córdoba, 22 y 23 de noviembre de 2002).

²⁴ Diario del P. Lucas Cavallero (1691). Archivo General de la Nación-Argentina. Biblioteca Nacional (AGN-BN), leg. 350, doc. 6013

²⁵ Page, “La relación...”, pp. 429-454.

con el cacique Bravo²⁶, pariente del cacique Ignacio, a quien trataron de persuadirlo para sumarse a la reducción, no sin dejar buen esfuerzo en el intento. Pero engorrosas y diversas circunstancias referentes a su establecimiento formal, hicieron que la reducción de El Espinillo desapareciera rápidamente (Fig. 3). Burocráticos trámites entre el mismo Instituto, entre el gobernador y la Corona, incluso el poco apoyo por parte de los vecinos y las diferencias entre parcialidades, contribuyeron a ese desvanecimiento. Los misioneros llegaron al sitio de la reducción para darle comienzo en setiembre de 1691, instando a los indios a reducirse bajo amenaza de llevarlos a las minas de Mendoza. Juntaron 600 almas y el P. Calatayud, con la parcialidad del cacique Pascual comenzaron a cortar maderas y cañas para la construcción de la capilla y el pueblo, pero el abandono de los indios y el ataque de otra parcialidad a la reducción, le puso fin en la mañana del 3 de agosto de 1692, en que el P. Lucas se despidió de los indios que se aprestaban a la defensa de la de la reducción.

Varios años después los jesuitas volvieron a insistir con la evangelización de los pampas, creándose al sur del Salado y cerca de su desembocadura, la reducción de Nuestra Señora de la Limpia Concepción (1740) con indios pampas serranos o puelches. Devino luego de cruentos enfrentamientos donde los jesuitas decidieron la evangelización, contando con los instrumentos legales que había emitido la Corona. El provincial Antonio Machoni designó a los PP. Matías Strobel²⁷ y Manuel Querini²⁸, pensando que a partir de ella se podría hacer una entrada a la Patagonia, pero exigiendo varios puntos al gobernador para salvaguardar las vidas indígenas²⁹.

La reducción se formó con un grupo inicial de 300 “pampas carayhet”, que serían los “puelches amigos” que lideraban cuatro caciques, y los “pampas serranos” a cargo de otro cacicazgo. Para las construcciones necesarias se requirió de guaraníes que levantaron una iglesia de tapia cubierta de paja y casas en torno a una plaza central de donde salían calles. Incluso con una fosa de dos varas de ancho y profundidad que rodeaba la reducción. Dos años después de fundada

²⁶ Era un apodo muy común, pero quizás se refiera al cacique Cacapol, padre del famoso Cangapol.

²⁷ El P. Strobel nació en Bruck an der Mur en el austriaco estado de Estiria el 18 de febrero de 1696, ingresando en el Instituto austriaco en 1713 y obteniendo su sacerdocio poco después en Viena. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Herrán de 1729. En 1743 se le ofreció el rectorado del colegio de Corrientes que no aceptó por seguir entre los pampas. Luego de esta experiencia misional regresó a las reducciones de guaraníes donde fue nombrado superior (1752-1754). Para la expulsión se encontraba en Loreto y luego del extenuante viaje al exilio muere en el Puerto de Santa María el 30 de setiembre de 1769 (Storni, *Catálogo*, p. 278).

²⁸ El P. Querini nació el 29 de mayo de 1694 en la isla de Zante, por entonces factoría veneciana, ingresando al Instituto romano en 1711. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jiménez en 1717 y tres años después le concede el sacerdocio el obispo Pozo y Silva en Córdoba, donde enseñó y fue rector. Llegó a ser provincial (1747-1751), sorprendiéndolo la expulsión en Córdoba y falleciendo el Roma el 3 de mayo de 1776 (Storni, *Catálogo*, p. 229). Sendas biografías escribió primero su contemporáneo José Manuel Peramás SJ., *Vida y obra de seis humanistas*. Trd. Antonio Ballus, prólogo Guillermo Furlong SJ. Buenos Aires: Editorial Huarpes [1791] (1946) pp. 93-129 y luego Guillermo Furlong SJ, *Manuel Querini SJ y sus “informes al Rey” (1747-1750)*. Buenos Aires: Editorial Theoría 1967.

²⁹ Libro de Consultas 1731-1747, f. 97. AGN-BN.

contaba con 26 casas y una para los misioneros³⁰. Pero en 1744 los jesuitas debieron mudar la reducción porque se inundó, a cuatro leguas de la misma y se volvieron a realizar las construcciones pertinentes.

Casi paralelo al Salado, a unos 350 kilómetros al sur y bordeando la costa bonaerense, se eleva otro límite natural constituido por un cordón montañoso llamado sierras de Tandil y de la Ventana. En las estribaciones de ellas y cercanos al mar, se levantaron otras dos reducciones jesuíticas llamadas del Pilar (1747) con indios serranos o puelches y Desamparados (1750) con indios patagones, tuelches o tehuelches. Estas tierras fueron primeramente exploradas por el jesuita Tomás Falkner en 1744 y dos años después se sumó el P. Cardiel para dejar consumada la fundación de la primera.

Los procuradores jesuitas y los proyectos de conquista y evangelización

Ante tanta adversidad, los jesuitas igualmente continuaron sus misiones volantes desde sus colegios. Atención espiritual continua que venían realizando desde la década del 1640³¹. Aunque también el Instituto y como vamos vislumbrando, preparó un plan integral, no solo de evangelización sino que comprendía la exploración hasta el Estrecho de Magallanes. Efectivamente y como veremos, varios procuradores en Europa presentaron repetidas propuestas ante el Consejo de Indias que argumentaban ocupar la región patagónica para no dejarla a merced de potencias extranjeras. Todo fue aprobado en sendas Cédulas Reales pero no pasó de proyecto, hasta que en 1740 se fundó la primera reducción en las márgenes del Salado en Buenos Aires³². Incluso el conocimiento de aquel ambicioso proyecto de las misiones magallánicas, fue el último aliento que tuvo el P. Francisco Lucas Caballero luego de la malograda experiencia entre los pampas de Córdoba³³.

Es necesario precisar quiénes eran los procuradores, es decir aquellos sacerdotes elegidos en las periódicas congregaciones de la provincia del Paraguay, que se realizaban aproximadamente cada seis años. Luego de analizar diversos temas, el cónclave procedía a la elección del procurador,

³⁰ Leonhardt, op. cit., p. 442. José Sánchez Labrador SJ, *Paraguay Católico. Los indios pampas- puelches- patagones, según Josph Sanchez Labrador, SJ*. Monografía inédita prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff, SJ, Buenos Aires: Viau y Zona, editoriales, [1772] (1936), p. 229.

³¹ Page, *El Colegio Máximo...* p. 136.

³² Bruno, op. cit., p. 200.

³³ En su relación de lo vivido entre los pampas justamente concluía el texto expresando: “*Quiera Dios Nuestro Señor dar los medios convenientes para que tenga efecto la misión Magallanes de la que estos días desistió el gobernador de Buenos Aires, porque éste sería un eficaz medio para la conversión de los indios pampas*” (P. Lucas Cavallero. La Misión de Indios Pampas, 15 de julio de 1693. AGN, BN, Leg. 189, Doc. 1845, f. 109).

cuya función básica era llevar información a los superiores en Roma y tramitar en la Corte española el permiso para embarcar nuevos misioneros para la provincia, además de otras tareas menores y mayores. Se elegían personajes de los más instruidos e informados en los problemas de la región y permanecían en Europa varios años. El procurador llevaba una importante cantidad de recomendaciones de obispos, gobernadores y virreyes que justificaban la solicitud de nuevos misioneros. Con esos papeles comenzaba la ímproba labor de reclutamiento, para lo cual también contaba con un organizado sistema propagandístico. En España recibió la ayuda del P. Procurador General de las Indias Occidentales que residía en Sevilla (luego, desde 1719, en el Puerto de Santa María y diez años después en Cádiz) que se encargaba de todos los preparativos previos al viaje³⁴. El procurador entonces, estaba en contacto directo con las autoridades del Consejo de Indias, donde no solo iba a gestionar estos permisos, sino que acercaba a la Corte información y sugerencias sobre su región.

Al igual que su madre, el último monarca de la casa de Austria, encargó también la pronta *“conversión de los dichos indios pampas por medio de la predicación evangélica y que para conseguirlo dispongan que se reduzcan a poblaciones”*³⁵. Seguramente esta decisión fue motivada en el rey, por el informe que le presentó el procurador en Europa de la provincia jesuítica del Paraguay, P. Tomás Donvidas³⁶ quien se encontraba en Madrid en 1679, cuando señaló que no era lícito hacer la guerra a los indios pampas para que recibieran la fe cristiana, como bien lo establecían las Bulas Alejandrinas y que ya había expresado, como dijimos, el P. Rosales anteriormente. Agrega que en la región se encontraban indios: *“labradores con residencia fija”* y otros, como los pampas y serranos, *“que andan vagando sin sitios ni sementeras determinadas, sustentándose con la caza, carne de yegua, pesquería y otras sabandijas, sin más población que la de unos toldos y esteras que llevan consigo”*. Pues a estos –continúa el P. Donvidas- había que reducir por la fuerza y *“obligarles con las armas á que vivan vida política, reduciéndolos á puestos determinados donde estén seguros de no huirse”*. Aconseja que el modo de entrar a sus tierras debe

³⁴ Carlos A. Page, *Los viajes de Europa Buenos Aires, según las crónicas de los jesuitas de los siglos XVII y XVIII*. Córdoba: Báez ediciones, 2007.

³⁵ El Rey al gobernador de Buenos Aires volviéndole a encargar la conversión de los pampas, Madrid, 13 de enero de 1681. AGN-BN Leg. 181, doc. 892

³⁶ El P. Donvidas nació en Arévalo, provincia de Ávila, el 22 de diciembre de 1618, ingresando a la provincia de Castilla en 1635. Llegó a Buenos Aires en 1640 con la expedición del P. Díaz Taño. Fue rector de los colegios de Asunción, Buenos Aires y Córdoba, además de maestro de novicios. Llegó a ser provincial del Paraguay dos veces (1676-1677 y 1685-1689) y su procurador en Europa (1679-1681). Finalmente fue designado misionero de los chiriguano y luego fue nombrado visitador de Chile (1692-1695), donde muere en funciones (Storni, *Catálogo*, p. 186).

estar a cargo de cada gobernador quien “*lo emprenda por su provincia (Buenos Aires y Tucumán); remitiéndoles facultad para estas empresas con la consulta y consejo de personas prácticas*”³⁷.

De tal manera que, recibida la orden de Carlos II, el guipuzcoano gobernador José de Garro (1678-1682) emprendió una campaña hacia los pampas y serranos. El mencionado instrumento legal llegado de España, descartaba en forma explícita una intervención militar y ordenaba la conversión pacífica mediante la predicación. Lejos de eso, se conformó una avanzada de castigo que estuvo a cargo del capitán Juan de San Martín y Juan Baz de Alpoin, hijo este último de Amador Baz de Alpoin, quien había acompañado al gobernador Pedro Esteban Dávila en una expedición con las mismas luctuosas características en 1635. El saldo fue la muerte de varias decenas de indios y el repartimiento de mujeres y niños entre los soldados³⁸. La acción contó con el beneplácito del obispo, lo que causó la desaprobación del rey que mandó que los indios fueran sacados del servicio personal al que fueron sometidos.

Es manifiesta y evidente que las intenciones de los mandatarios y vecinos de la ciudad eran las de cautivar indios para su servicio personal. Poco les interesaba la conquista de la Patagonia que comenzó a convertirse en una preocupación de Estado solo dentro del seno de la Corona.

Al mismo tiempo los jesuitas montaron una nueva estrategia para impedir las muertes que también la Corona quería evitar, y que para los funcionarios locales era un tema soslayado y hasta a veces justificado. Fue entonces que el madrileño procurador en España, el jesuita Diego Francisco Altamirano³⁹ presentó ante el Consejo de Indias un proyecto para entrar con una misión evangelizadora hasta el Estrecho de Magallanes, extensas tierras inhóspitas donde se encontraban infieles que habían cobrado varias vidas. El rey, debidamente informado y conciente de lo solicitado, envió al gobernador Herrera y Sotomayor la Real Cédula del 21 de mayo de 1684⁴⁰, en que manifestó su voluntad de conceder licencia a los jesuitas para que entraran en aquellas tierras los cuatro misioneros solicitados, acompañados de una escolta militar. El objetivo no era solo evangelizador, sino que se prevenía un medio para que esa conversión obtuviera otros fines que no eran ni más ni menos que conquistar ese enorme territorio, como preocupaba ahora a los jesuitas

³⁷ Pastells, op. cit. t. III, p. 235.

³⁸ Furlong, *Entre los pampas...* p. 16 y Pastelles, op. cit. t. IV, p. 131

³⁹ El P. Altamirano nació en Madrid el 26 de octubre de 1626, ingresando a la Provincia de Toledo a los veinte años. Arribó a Buenos Aires en la expedición del P. Juan Pastor de 1648. Enseñó teología durante 15 años en la Universidad de Córdoba, hasta que fue designado provincial (1677-1681) y luego procurador en Europa (1682-1688). Cuando estaba en Roma asistió a la XIII Congregación General y al regresar al Paraguay fue designado Visitador al Nuevo Reino de Granada (1688-1696) y del Perú (1697-1703), falleciendo en Lima el 22 de diciembre de 1704 (Storni, *Catálogo*, p. 9).

⁴⁰ Carmen Martínez Martín, “La reducción de los pampas (1740-1753) aportaciones etnogeográficas al sur de Buenos Aires”, *Revista Complutense de Historia de América*, nº 20 (Madrid, 1994) p. 150. Pastells, op. cit. t. III, pp. 40-42 y Bruno, op. cit. t. III, pp. 199-200.

ante un nuevo argumento que se fundaba en que: *“No solo porque tantas almas conozcan a su criador, sino porque los portugueses no prosigan adelantando sus poblaciones a la de Sn. Gabriel desde el Río de la Plata hacia el estrecho de Magallanes, viendo desamparada de Españoles toda la espaciosa costa del Mar del Norte”*. Pues por entonces los españoles ni sabían si se había asentado alguna población extranjera en la Patagonia, pero les atraía el hallazgo de posibles minas porque habían visto a los indios de “tierra adentro” que llegaban a Buenos Aires con objetos de plata fina. Por eso los jesuitas insinúan, y el rey lo toma como propio, que primero debería haber un plan reduccional, pues luego *“sería fácil, el que entrasen después los Españoles a labrarlas, e impedir a los extranjeros, que asentasen pie”*. Y esto para los jesuitas era fundamental pues más allá de la estricta conversión, y como lo habían experimentado en otras regiones cercanas, primero había que salvar vidas y luego vendría el catecismo, bautismo y vida en policía. Pero ante todo había que evitar muertes provocadas por la codicia.

Es así que, como dijimos, el rey informó al gobernador que autorizó a los jesuitas a llevar a cabo una expedición que justificara en realidad las otras intenciones que se tenían y acabamos de mencionar. Aunque había algo más que se suma a la política de los flamantes borbones que era revitalizar el sistema mercantil peninsular, con el conocido “proyecto para galeones y flotas” que forzaba el paso al Perú por Panamá y que con él sería reemplazado por la ruta del Cabo de Hornos, además de imponer un nuevo sistema arancelario.

Los cuatro jesuitas designados irían con la mentada escolta militar de cincuenta hombres y se tenía pensado que los indios encontrados fueran exceptuados de servidumbre y encomienda, además de concederles una exención de tributos por treinta años⁴¹.

El mismo perspicaz religioso jesuita logró obtener otra Real Cédula, del 4 de julio del mismo año, en la que el rey le concedió licencia para pasar al Río de la Plata a cincuenta sacerdotes españoles, de los que podría haber un tercio de extranjeros, y que algunos de ellos serían destinados a la entrada ya autorizada a las costas patagónicas⁴². Pero el P. Altamirano solo pudo conseguir 23 voluntarios⁴³, aunque el ingreso a las tierras que se encontraban después del Salado siguió siendo un proyecto que continuó una lenta maduración, quizás debido a la Guerra de Sucesión (1701-1713) que paralizara las comunicaciones y toda iniciativa en los dominios de ultramar.

⁴¹ Cédula al Gobernador de Buenos Aires sobre cédulas que concedió SM para que los Religiosos de la Compañía de Jesús entren a hacer misión a los infieles de Magallanes, Madrid, 21 de mayo de 1684. AGN-BN, Leg. 181, Doc. 893,

⁴² Pastells, op. cit. t. 4, p. 49.

⁴³ Ibídem, p. 77.

Los ataques indígenas a las estancias bonaerenses no permitieron que se tomara una acción efectivamente conquistadora en la Patagonia. Era imposible desviar el pensamiento y acciones defensivas a otros temas que sacaran a autoridades y pobladores de una difícil realidad coyuntural. Pero las malocas continuaron y se redujeron indios en las inmediaciones de Buenos Aires, aunque terminaban escapándose, mientras que los capturados en aquella refriega de 1686 se apresaron y se los condenó a la horca⁴⁴.

Con esta rutina temeraria se continuó a lo largo de décadas. El papel de los procuradores jesuitas en la Corte española siguió siendo fundamental. Esta vez el jesuita P. Juan José Rico, solicitó otra vez al Real Consejo la remisión de una Real Cédula para la exploración de las costas magallánicas en 1743. Solicitud que previamente fue reforzada con sus correspondientes cartas de aval, como la del gobernador Salcedo al rey del 20 de agosto de 1738⁴⁵, o la del rector del colegio jesuítico de Buenos Aires P. Ladislao Orosz, al confesor del monarca en 1743, en la que escribía pretender crear reducciones en Buenos Aires y la Patagonia como las del Paraguay⁴⁶.

El P. Rico había sido elegido procurador a Europa a fines de 1734, junto con los PP. Miguel López y Jerónimo Ceballos. Pero no pudieron viajar y nuevamente fueron designados procuradores a Europa en la Congregación Abreviada de 1739 que nombró a los PP. Diego Garvia, Juan José Rico y Gabriel Novat. Recién partieron de Buenos Aires los dos primeros en el mes de enero de 1739, regresando a las costas bonaerenses el 15 de julio de 1745 con 68 misioneros. Primero habían solicitado 65 sacerdotes y 7 coadjutores, pero al enterarse en España que habían fallecido 25 misioneros, solicitaron al rey 10 misioneros más, lo cual fue debidamente concedido. De tal forma que se alcanzó a formar una expedición de 75 sacerdotes y 8 coadjutores. Habían partido tres barcos pero uno naufragó, pereciendo seis jesuitas en las costas de Brasil⁴⁷.

El esperado viaje de los PP. Quiroga, Cardiel y Strobel⁴⁸

⁴⁴ Ibídem, t. III, p. 136 y Bruno, op. cit. t. III, p. 200.

⁴⁵ Pastells, Ibídem, t. VII, p. 319.

⁴⁶ *Carta del P. Orosz* del 28 de diciembre de 1742. AGI, Buenos Aires, 302.

⁴⁷ Carta del P. Melchor Strasser relatando el viaje entre 1743 y 1744 en Page, *Los viajes...* pp. 46 y 203-224.

⁴⁸ El derrotero de este viaje lo publicó por primera vez el P. Charlevoix en 1766 quien transcribió un relato escrito en castellano por el P. Lozano, compuesto por los escritos de los PP. Quiroga y Cardiel. El primero escribió su Relación Diaria al rey en 1745 y se publicó por primera vez en castellano en Madrid en 1867 y en Buenos Aires en 1926, en base a un original de la Dirección de Hidrografía española que desapareció y luego Furlong lo halló en el British Museum de Londres (Guillermo Furlong Cardiff SJ, *El Padre José Quiroga*. Buenos Aires: Peuser, 1930, pp. 50-51), aunque una copia se encuentra en Sevilla con 19 mapas (AGI, Buenos Aires, 302). Mientras que el P. Cardiel escribió y firmó un cuaderno borrador de 68 artículos concluido a mediados de abril de 1746 y otro en diciembre de ese año en Concepción de pampas. (Guillermo Furlong SJ, *José Cardiel, SJ y su Carta – Relación (1747)*, Buenos Aires: Librería del Plata, 1953, pp. 55-56). Además se encuentran diarios del comandante de la nave y un piloto (AGI, Buenos Aires, leg. 302;

La labor de los procuradores Garvia y Rico durante seis años en Europa, les valió que pudieran obtener varias providencias a favor de la evangelización de la Patagonia. En medio de su viaje se fundó como vimos la reducción de Concepción y se tenía esperanza de continuar con otras fundaciones. Según el P. Furlong, el rey invitó a conversar a los jesuitas antes de su regreso, proponiéndoles que llevaran diez misioneros más y que uno de ellos debía ser el P. José Quiroga a quien le encargaría una tarea muy especial⁴⁹.

Efectivamente el rey ordenó, después de expedida la aprobación del fiscal a instancias del Consejo, que se dispusiese una fragata para que con ella “se registrase la costa del mar desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes”⁵⁰. El P. Sánchez Labrador agregó que el monarca deseaba que en lo posible se fundara una población en la bahía de San Julián, donde había estado Magallanes en 1520, y que los indios que se hallaren se pusieran a disposición de los sacerdotes de la Compañía de Jesús.

Arribada la expedición de jesuitas a Buenos Aires, el P. Rico llevó los despachos al gobernador don Domingo Ortiz de Rozas, quien en el mes de noviembre fue reemplazado por José de Andonaegui. Este último aceleró los medios necesarios para dar cumplimiento al viaje. Así es que se acordó entre el jesuita y don Francisco García Huidobro⁵¹, en hacerlo en la fragata San Antonio, que era la embarcación enviada por el rey Felipe V. Constaba de 150 toneladas y ocho piezas de artillería; era comandada por el capitán don Joaquín Olivares y Centeno⁵², de experiencia por aquella zona y contaba con dos pilotos, el vizcaíno don Diego Tomás Andía y Varela, y el sevillano don Basilio Ramírez⁵³. En ella se embarcaría el recién llegado y mencionado P. Quiroga quien tenía inteligencia en cartografía y experiencia marítima.

El P. Quiroga nació en Fabal, pequeña población lucense de Galicia, el 14 de marzo de 1707. Ingresó al Instituto de la provincia de Castilla a los 29 años y en 1739 obtuvo el sacerdocio de manos del obispo de Salamanca, José Sancho Granado. Llegó a Buenos Aires el 15 de julio de 1745 con la mencionada expedición de los PP. Rico y Garvia. Para la expulsión se encontraba en el colegio de Belén en Buenos Aires, muriendo en Bolonia el 24 de octubre de 1774⁵⁴. Su biógrafo, el

AGN-BN, Leg 339, doc. 5606 y Leg. 195, doc 1073). Junto con la copia de Quiroga se halla en Sevilla los del capitán Olivares y Centeno y el de su piloto Andía y Varela cuyas copias se encuentran en Buenos Aires (AGN-BN, Leg. 189, doc. 5601).

⁴⁹ Furlong, *Entre los pampas*, p. 134.

⁵⁰ Ibidem, p. 135.

⁵¹ Bruno, op. cit. t. V, p. 67.

⁵² Para una biografía de este singular marino ver Martínez Martín, op. cit, pp. 105-112.

⁵³ Pedro Francisco Javier de Charlevoix, *Historia del Paraguay escrita en francés... con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel*, traducida al castellano por el P. Pablo Hernández, t. VI, Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1913, p. 196.

⁵⁴ Storni, *Catálogo*, p. 231.

P. Furlong escribió que aproximadamente en 1725 ingresó a la escuela naval española, recorriendo el Mediterráneo y parte del océano Atlántico⁵⁵. Después de la expedición magallánica fue destinado a la universidad de Córdoba donde fundó la primera cátedra de matemáticas⁵⁶.

Este viaje, si bien no tuvo los resultados esperados, fue un intento concreto por parte de la Corona de tomar posesión de la región o al menos de su reconocimiento geográfico. Se tenían noticias de expediciones pasadas, posteriores a la primera de Magallanes, y de las que se habían registrado varias cartas de viaje, como las de Loaisa (1526), Sarmiento de Gamboa (1579), el holandés LeMaire (1616), García Nodal (1619), el inglés Narborough (1670) y otros, que los expedicionarios mencionaron haber llevado.

Previamente la Corona encargó al P. Campos que adquiriera una serie de instrumentos de navegación, varios dibujo, mapas y libros en Inglaterra⁵⁷, mientras el procurador P. Rico acordaba con los representantes de la Corte la embarcación del P. Quiroga. Se le hizo saber al provincial Nusdorffer, quien luego de la consulta correspondiente designó como acompañantes al P. Strobel como superior de los PP. Cardiel y Quiroga⁵⁸.

Llegado a Buenos Aires, el P. Quiroga fue requerido por el Cabildo que le encomendó hiciese una rectificación de las calles de la ciudad y posiblemente el plano que publica Charlevoix haya sido confeccionado por el sacerdote de Galicia.

Escribe el jesuita historiador francés que partieron de Buenos Aires el 6 de diciembre de 1745 rumbo a Montevideo. Zarparon del fondeadero de los Pozos de la Merced, donde luego de embarcarse algunos soldados en Montevideo, al mando del alférez don Salvador del Olmo, se hicieron a la mar el día 17 con rumbo al sud-oeste. Sumaron para el viaje a ochenta personas, pues se pensaba dejar algunas en una posible fundación, junto con algún jesuita.

Fue un duro viaje del que escribió el P. Cardiel: “Saltamos a tierra en diversas costas, registrando por un lado y por otro. Íbamos a veces por entre escollos, por costas incógnitas, con grande riesgo. Padecimos fuertes tempestades del viento Sudeste que aquí llaman Pampero, que nos echaba a alta mar alejándonos de tierra”. Agregando más adelante “Hallamos tres ensenadas, y tres buenos puertos; pero ni en aquellos ni en estos había leña buena, ni pasto, ni tierra de sustancia, calidades necesarias para poblar; ni rastro alguno de indios”⁵⁹.

⁵⁵ Furlong, *El Padre José Quiroga*, p. 15.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 28.

⁵⁷ Lista de los instrumentos matematicas qe pagó el P. Rico, s/f. AGN, S. IX, 7-1-1.

⁵⁸ Libro de Consultas 1731-1747, f. 150. AGN-BN, Leg. 60.

⁵⁹ Furlong, *Entre los pampas*, p. 136.

Llegaron al Fuerte o Puerto Deseado, paradójicamente como lo había llamado el corsario Thomas Cavendish en 1586, y de allí partieron a la bahía de San Julián donde desembarcaron algunos soldados con el P. Strobel. Como no tenían autorización del rey de recorrer el Estrecho de Magallanes, reconocieron el río Santa Cruz.

Sin posibilidades ciertas de encontrar habitantes en Puerto Deseado, encontraron: “*un montón de piedras, que desenvueltas, hallaron huesos de hombre allí enterrados, ya casi podridos, y pedazos de ollas enterradas con el cuerpo*”⁶⁰. Cuando el P. Cardiel escribió su extensa Carta Relación de 1747 agregó que no encontraron rastro alguno de indio, aunque hallaron: “un sepulcro con 3 difuntos indios y 5 caballos muertos embutidos de paja, y puestos sobre palos como piernas, que parecían vivos, mirando a la cabaña que servía de sepulcro, y era de ramos de matorrales, y cerca mucho estiércol de caballos no nuevo, y una senda que proseguía tierra adentro”⁶¹. El P. Cardiel encontró tejidos y joyas en dos cadáveres femeninos y solicitó víveres al P. Strobel para seguir esa senda, pero no logró hallar nada. La identificación de esos objetos era relacionada por la época con indios araucanos, cuya presencia en la región se documenta desde principios del Siglo XVIII⁶². El cadáver masculino probablemente correspondía a un cacique araucano pues parece ser costumbre que a estos se los enterraba cerca del mar.

Pero el P. Cardiel no perdió el optimismo y propuso hacer una expedición tierra adentro hasta llegar a las tolderías de los indios. El domingo 20 de febrero desembarcó con treinta y cuatro voluntarios, regresando una semana después desilusionado por no haber encontrado a nadie. Fue cuando se decidió que San Julián no era sitio adecuado para formar una población por la esterilidad de sus tierras y la escasez de agua. Islas, arroyos y demás accidentes geográficos fueron bautizados entonces. De los planos que se levantaron, existe uno en la Biblioteca Nacional de España titulado “*Mapa de la Costa de los Patagones conforme al Descubrimiento hecho de orden de S. M. C. en el año de 1745 por el P. Joseph Quiroga*” (Fig. 4), que por señalarse las reducciones de pampas destruidas, es posterior al año 1753. No obstante no se delinean las Islas Malvinas, pues no estuvieron por allí, a pesar que existe un mapa de ellas en la Biblioteca Nacional de Francia fechado en 1520 y realizado por el capitán Andrés de San Martín, integrante de la expedición magallánica⁶³. Al menos hasta el viaje de los jesuitas, si bien la isla fue avistada por españoles, ingleses y

⁶⁰ Pedro Lozano SJ, “Diario de un viaje á la costa de a mar magallanica, en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga”. En *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Angelis*. Tomo Primero. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836, p. 6.

⁶¹ Furlong, José Cardiel...p. 205

⁶² Raúl J. Mandrini, “El viaje de la fragata San Antonio en 1745-1746”, *Revista Española de Antropología Americana*, n° 30 (Madrid, 2000), p. 243.

⁶³ Vicente Guillermo Arnaud, “El primer mapa de las Islas Malvinas”, *Historia*, n° 41 (Buenos Aires, 1991), pp. 3-25.

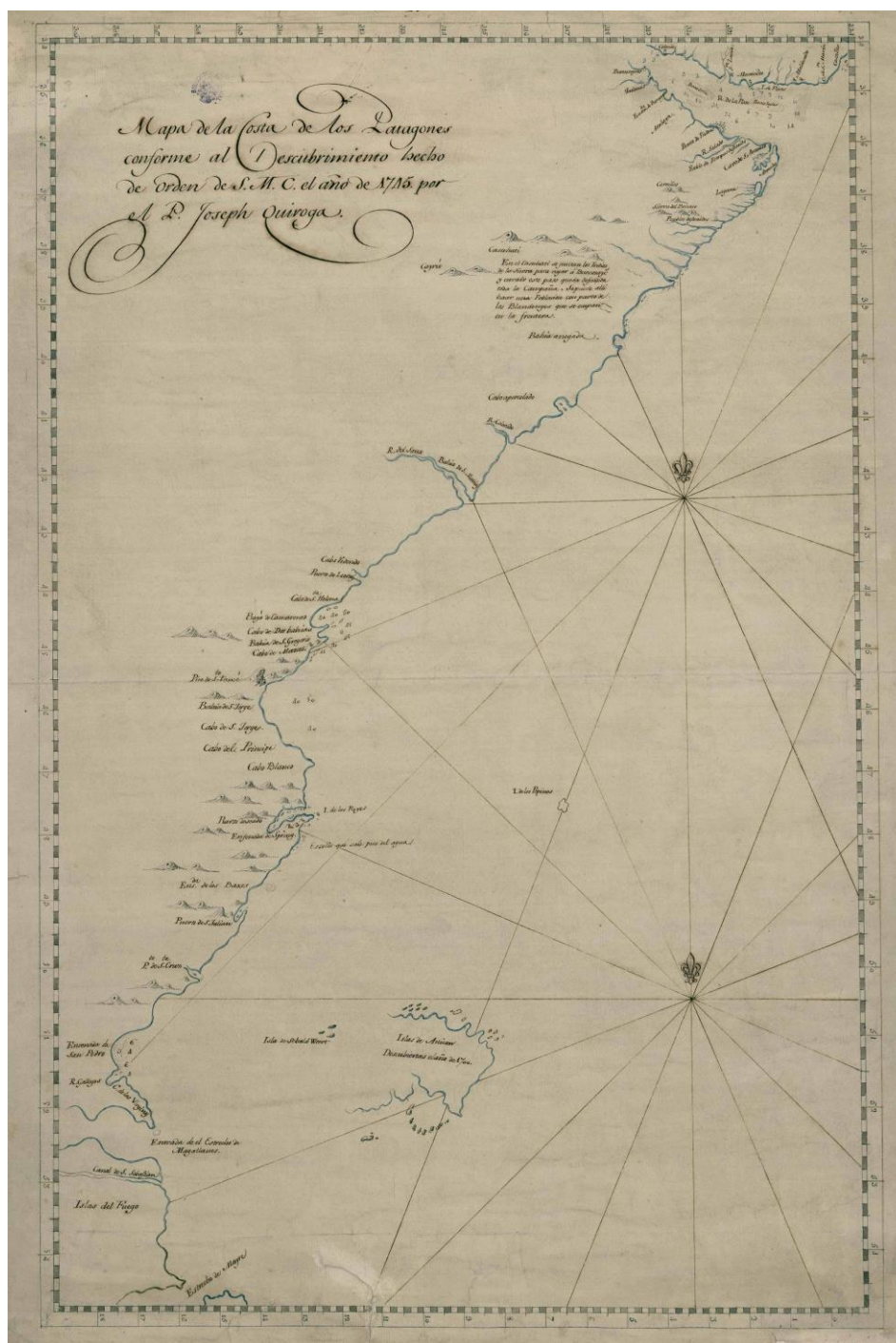


Fig. 4 “Mapa de la Costa de los Patagones conforme al Descubrimiento hecho de orden de S. M. C. en el año de 1745 por el P. Joseph Quiroga” Biblioteca Nacional de España, Pid 2150387.

holandeses, recién fue ocupada por el francés Bougainville en 1764 y devuelta a los españoles al año siguiente.

Luego de cuatro meses regresaron a Buenos Aires el 4 de abril, y con ello se derrumbaron las esperanzas de crear misiones análogas a las guaraníicas como inocentemente se pretendía. En realidad no se exploró el interior suficientemente, pues indios sí que los había, pero el conocimiento de la costa fue esencial y de gran utilidad posterior.

Además de todos los escritos que mencionamos de los viajeros citados, en una carta del P. Strobel informó definitivamente el 1º de agosto de 1746 y en su calidad de superior de la comisión, al marqués de Ensenada que: *“fuera de los dos puertos, que son el de San Julián y el Deseado, no hemos hallado cosa buena, aun esos mismos dos puertos como todo lo demás de esta costa carece de agua dulce y de leña”*. Por tanto la considera tierra *“incapaz de poblarse”*, adjuntándole los planos y diarios formados por el P. Quiroga⁶⁴.

La obsesión del P. Cardiel por volver a la Patagonia ante la precariedad y fin de un proyecto

Con la anuencia del gobernador Ortiz de Rozas, el provincial Bernardo Nusdorffer envió a las sierras del Vuul-Can⁶⁵ al P. Tomás Falkner a comienzos de 1744, con la finalidad que explorara la región junto con algunos indios de Concepción. Regresó acompañado por el P. Cardiel, apenas volvió de su viaje por las costas patagónicas. Tenían la intención de ganarles la voluntad a los indios y regresar en otra ocasión *“con todo lo necesario para formarles un pueblo”*⁶⁶. Aunque al encontrar leña y agua —escribió el P. Sánchez Labrador— acamparon al noroeste de la Laguna de las Cabrillas (hoy Laguna de los Padres) y se aprestaron a fundar una población en el sitio para que fuera un enclave inicial de nuevas reducciones que avanzarían hacia el sur⁶⁷.

Esto entusiasmó a los indios que ubicaron en el sitio veinticuatro toldos, utilizando el lugar para comercializar con los porteños que les llevaban yerba, tabaco y géneros que cambiaban por plumeros de avestruces, ponchos, pieles de lobos y riendas de caballos. De esta forma y con el control de los jesuitas, los españoles se quedaban tranquilos que no se comercializara con aguardiente y armas para los indios. Pero la población nunca fue estable; cuando se terminaban las mercaderías se volvían a sus tierras, fluctuando hasta alcanzar 500 personas por temporada⁶⁸. El inquieto P. Cardiel aprovechó incluso para visitar los parajes circunvecinos, seguramente teniendo en mente el descubrimiento de la ciudad de los Césares y volver al Estrecho de Magallanes, aunque solo llegó a las cercanías del río Colorado.

La experiencia del P. Cardiel lo movió a redactar un contundente informe sobre los pampas y las futuras posibilidades que tenían frente a la conversión. Describió las naciones que habitaban el inmenso territorio patagónico ubicándolas geográficamente. Desde el Río Los Sauces (Río Negro)

⁶⁴ Furlong, *El Padre José Quiroga*, pp. 26-27.

⁶⁵ Este nombre fue dado por los puelches y en lengua Het, significa estar unidos por su base, refiriéndose al sistema precámbrico de Tandilla. Se castellanizó como Volcán, pero ciertamente no es una estructura geológica de este tipo.

⁶⁶ Furlong, *José Cardiel*, p. 206.

⁶⁷ Sánchez Labrador, op. cit. p. 100.

⁶⁸ Furlong, *José Cardiel*, p. 21.

hasta el Estrecho de Magallanes. Allí dice que habitan las naciones “*toelchus*”. Indios de a caballo que derivarían de los *het*, es decir los antiguos pampas, y se dividen en “*chechehet, teguehet culichet, chuilauihet, guiguehet y los guiruehet*”. Señaló también los “*huiliches*” de a pie que llegarían al Estrecho y se dividen en “*luluhuapis, chelegnis, keiyús, keygues, seguagnis y otros*”. Y para el lado de la cordillera, tierra adentro desde las vertientes del Sauce los “*colehechel*” que es la nación del famoso cacique Bravo, los “*peguenches, poyas, gisnel aschauget, pelches, gicaugais, salaugiros, cougines, colicet y sencheilos*”. Remarca que la mayoría son naciones que hacen uso exhaustivo del caballo “*vagos y vagabundos toda su vida, sin sitio fijo y viviendo siempre de la caza y del hurto*” y otras son de labradores “*que viven en casas y pueblos con obediencia a sus caciques*”⁶⁹. Por tanto a aquellos que se sustentan de una caza en la que deben recorrer extensos territorios para mantenerse, recomienda que la manera de atraerlos es dándole ese alimento que les falta y ropa que vestir. Pero como no quieren tampoco cultivar la tierra, es preciso llevarles jornaleros que hagan el trabajo. De todo ello la mayor dificultad es el trato con el español, porque no es sólo que ven los pecados que estos cometen (carnales y borracheras), sino que observan a los indios que están sujetos a españoles quienes los someten al mal trato, exceso de trabajo y castigos a los que están obligados y creen que si se vuelven cristianos deberán pasar por esas penalidades. El P. Cardiel señaló que estas mismas dificultades tuvieron los jesuitas con los guaicurúes, charrúas y guanoas que, a pesar de haber consentido estas cosas, huyeron igual a sus tierras. De tal forma que el caballo y el español son las causas de la difícil tarea evangelizadora. Cuestionándose en qué amor podrían tener a los jesuitas en este contexto en que los españoles sujetaban a los pampas por rigor y miedo. Por ello el misionero propuso que deberían poblarse las reducciones con una colonia de 700 familias (“tres mil almas”) guaraníes de Yapeyú, que es el pueblo más poblado de aquellas reducciones. Pretendía establecer tres colonias en las sierras y una vez consolidadas fundar otras hacia el sur. Los guaraníes no se instalarían de forma permanente sino que permanecerían ocho o diez años hasta que los indios del sur tomaran hábitos de vida cristiana. Llevarían parte de su ganado vacuno para alimento y ovejas para obtener lana y fabricar diversos tejidos. Se contaba con los medios de transporte necesarios y hasta el P. Cardiel especificó los trayectos a recorrer⁷⁰.

Luego de ello el gobernador Andonaegui le confió –según él mismo explica- una expedición al río Los Sauces. Escribió meticulosamente sus vivencias⁷¹, saliendo de Buenos Aires el 11 de

⁶⁹ Dificultades que suele haber en la conversión de los indios infieles, y medios para vencerlas. José Cardiel, 20 de agosto de 1747. AGN-BN, Leg. 289 ms 4390.

⁷⁰ Ibidem.

⁷¹ José Cardiel SJ, *Diario del viaje y misión al río del Sauce realizado en 1748 por José Cardiel, S.J. (con dos cartas y un croquis inéditos) precedido por un estudio biográfico del autor y una regesta de su labor literaria y cartográfica por*

marzo de 1748, con un estudiante y cuatro mozos que llevaban su altar portátil, un toldo que oficiaba de capilla y regalos para los indios. Predicó entre el pueblo de Concepción y el de Pilar, donde entabló diálogo con los indios de la región. Pero en estas reducciones los indios seguían fluctuando y los jesuitas lo permitían pues creían que era un modo de atraerlos. En realidad este era un factor determinante en su asentamiento, caracterizado por una movilidad constante, detenida cuando se contaba con provisiones suficientes y sobre todo cuando se disponía de mercadería para el trueque, práctica que estaba ligada al permanente rechazo indígena a reducirse⁷². No obstante, el asentamiento contó con un Cabildo indígena, más formal que real⁷³. La institución hispana se constituyó recién el primer día de 1751 con un corregidor, dos alcaldes, un alférez real, tres regidores y un alguacil mayor⁷⁴.

La conformación étnica múltiple de la reducción del Pilar provocó diversos conflictos que determinaron la creación de la reducción de Nuestra Señora de los Desamparados en 1749 (Fig. 5). Efectivamente, a mediados de julio de ese año el P. Strobel le escribió al P. Rejón expresándole que una etnia llamada Toelches “*piden pueblo y padre aparte*”⁷⁵. Así es como tres caciques tehuelches con ochenta toldos⁷⁶, solicitaron a los jesuitas esta fundación poco afortunada, aunque con gran esperanza ya que los patagones –como escribe Sánchez Labrador– eran gente “muy pobre y humilde, prendas y calidades que facilitaron la conversión; como así también no haber tenido contactos con Europeos, lo cual era más significativo para las nuevas conquistas espirituales”⁷⁷.

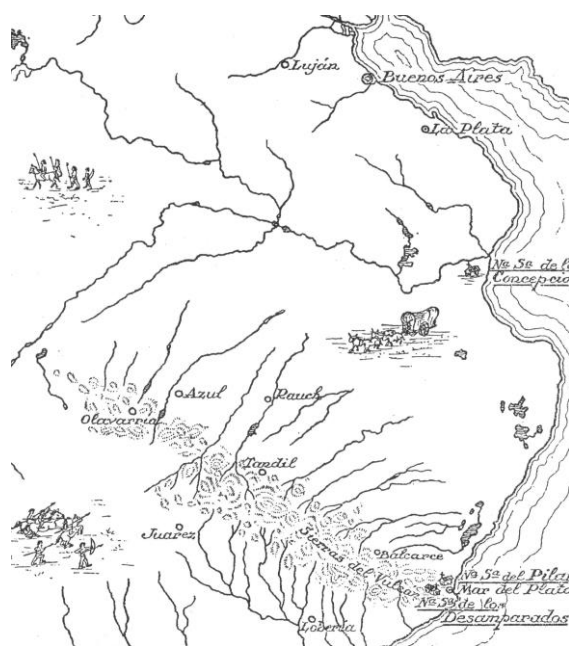


Fig. 5 Mapa publicado por el P. Furlong ubicando junto al Salado y en el Rincón de López la reducción de Concepción (1740), sobre la Laguna de los Padres la de Pilar (1747) y junto al manantial de Copelina la de Desamparados (1749) (Furlong, *Entre los pampas...*, p. 79).

Guillermo Furlong Cardiff, S.J. y por una introducción, un análisis crítico del itinerario y de las cartas y notas aclaratorias del texto por Félix F. Outes. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora “Coni”, [1748] (1930), p. 282.

⁷² Eugenia A. Néspolo, “Las misiones jesuíticas bonaerenses del siglo XVIII, ¿Una estrategia político-económica indígena?”, *Revista Tefros*, v. 5, n° 1., (Río Cuarto, Córdoba, 2007), p. 13.

⁷³ Ernesto J. A. Maeder, “Las reducciones del sur bonaerense. Nuestra Señora del Pilar en su 250° aniversario”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, v. 68-68 (1995-1996) (Buenos Aires, 2008) p. 246.

⁷⁴ AGN-BN Leg. 189 ms 1846.

⁷⁵ Carta del P. Strobel al P. Rejón, Nuestra Señora del Pilar, 16 de julio de 1749. AGN, Sala IX, 6-10-1,

⁷⁶ Sánchez Labrador, op. cit, p. 118. Cabrera, *La conquista espiritual*, p. 18 y Bruno, op. cit. t. V, p. 70.

⁷⁷ Sánchez Labrador, op. cit., p. 118.

Para esta nueva reducción de tuelches, ubicada a cuatro leguas al oeste de Pilar (Sierra de Copelina), se nombró al P. Lorenzo Balda⁷⁸. La misma quedó costeadada materialmente por el valenciano Agustín de Curia con tres mil pesos, y se formalizó su fundación el 7 de abril de ese año con la erección canónica dada por el Cabildo Eclesiástico con Sede Vacante⁷⁹.

Pero la reducción no llegó a levantarse por completo, pues tanto esta como Pilar fueron atacadas por el cacique Cangapol (Bravo) sin que los jesuitas pudieran contenerlo. Primero Desamparados quedó destruida y los misioneros se juntaron en Pilar a donde se dirigió el cacique Bravo, en tanto que los jesuitas pidieron ayuda militar al gobernador José de Andonaegui, quien lejos de solidarizarse les manifestó que trasladaran la reducción, la que finalmente abandonaron el 1º de setiembre de 1751. Luego de diez extenuantes días de recorrido, los misioneros llegaron a Concepción sin casi ningún indio que los acompañara, pero con la esperanza de levantar otra reducción en las inmediaciones. Aunque entre el asecho de los pampas y la antipatía de los españoles por Concepción, se decidió en Buenos Aires formalizar un vergonzoso proceso judicial contra los indios, donde se determinó que fueran trasladados a la otra orilla del Río de la Plata. Los jesuitas se negaron, manifestando que las hostilidades respondían a las borracheras que estaban fomentadas por los pulperos. A tal efecto el provincial P. José Barreda, siguiendo la larga lista de propuestas para la evangelización de la Patagonia, envió al menos dos cartas al gobernador para evitar la desaparición de la reducción. Planteó tomar varias providencias como prohibir el uso de los caballos por parte de los indios, obligarlos a tener labranzas, impedirles que se alejaran más de una legua de la reducción, prohibirles comerciar con los infieles, tener a los soldados en los fuertes y no en los pueblos y prohibir a los vecinos de Buenos Aires que les vendieran aguardiente. El provincial pidió al menos que se intentaran llevar a cabo estas medidas por seis meses para ver los resultados y que si no había efectos positivos, quedaría en la conveniencia del desbande o mudanza⁸⁰. El gobernador Andonaegui aprobó la sugerencia y envió a la reducción al maestro de campo Lázaro Bernardo de Mendinueta con 150 soldados para pregonar lo dispuesto. La respuesta de los indios era por demás esperada, pues en realidad los confinaban a una encubierta prisión. Y la reacción de los españoles también era previsible, pues el mismo Mendinueta pasó por cuchillo a un hechicero y

⁷⁸ El P. Balda nació en Pamplona el 16 de julio de 1704 e ingresó al Instituto en 1726, llegando a Buenos Aires en la expedición del P. Herrán tres años después. Fue descendiente de la familia Loyola y pariente de San Francisco Javier. Estudió en Córdoba y sus últimos votos le fueron conferidos en la reducción de Apóstoles en 1744, aunque estuvo también en San Miguel y San Ignacio Miní, siendo el último superior de guaraníes (1763-1768), cuando lo sorprendió la expulsión en Candelaria. Cuando parte a su exilio muere en el mar en el navío San Nicolás el 8 de marzo de 1769 (Storni, *Catálogo*, p. 29. Furlong, *Entre los pampas*, p. 182).

⁷⁹ Bruno, op. cit. t.V, p 71.

⁸⁰ Bruno, op. cit., t.V, p. 74. Pastells, op. cit t. 8a, pp. 39-40 y 46-47.

dos indios. Sus compañeros se exasperaron ante la crueldad e intentaron cobrarse con las vidas de los misioneros, aunque fracasaron en el intento.

Apenas desistieron los primeros atacantes “abrieron zanjales alrededor de la casa; tapiaron todas las puertas, menos la de la iglesia y la principal del patio. Levantaron una suerte de fortificación de estacada en cada una de las puertas, en que pusieron los dos cañoncitos de campaña”⁸¹. La situación se puso más delicada cuando al acercarse el cacique amigo Yahati con su gente a la reducción fue atacado por el maestro de campo quien asesinó a hombres y mujeres, llevando al cacique al cepo, quien escapó herido y se refugió en la iglesia, de donde fue arrancado y asesinado en el patio de la reducción ante la presencia de los recién llegados jesuitas Juan Reus y Agustín Rodríguez.

Mientras tanto, enterados los pampas de las sierras de estos acontecimientos, marcharon contra Concepción el 13 de enero de 1753, quedando encerrados unos pocos dentro de la iglesia a la que no pudieron penetrar. Finalmente la mayoría de los indios cristianos se sumó a las hordas, hasta que intervinieron primero el cacique Bravo y luego su par Manrique que dieron muerte a los que se resistieron. Algunos sobrevivientes, incluyendo los jesuitas fueron trasladados a Buenos Aires. Efectivamente, enterado el gobernador de los acontecimientos ordenó a Mendingueta que trajera a los sobrevivientes a Buenos Aires, es decir los misioneros, españoles y 25 familias de indios cristianos. El abandono se produjo el 25 de enero de 1753 y nunca más se reestableció la reducción entre los pampas y quedó cancelado todo intento evangelizador en tierras australes⁸².

El fracaso de estas reducciones bien fue comprendido y explicado, aunque con diversos matices, por varios jesuitas contemporáneos, como por ejemplo el P. Francisco Lupercio Zurbano, quien planteó mucho antes que el no ser los indios labradores, entorpecía la conversión; mientras el P. Nussdorffer acentuaba la culpabilidad afirmando que es imposible la conversión en indios que saben correr a caballo⁸³. El P. Cardiel agregó que si el rey costeaba los gastos ya estarían convertidos los indios de las tres provincias⁸⁴ y el P. Quiroga excusó el desamparo militar a las reducciones por la guerra entre las coronas de España y Portugal.

Todos de alguna manera acertaron con fundamento en sus opiniones. Mientras que casi dos siglos después Monseñor Pablo Cabrera⁸⁵ siguió la opinión del P. Sánchez Labrador, señalando que la ruina se debió “a la acción letal, asoladora, del alcoholismo”, porque así como se había

⁸¹ Sánchez Labrador, op.cit, p. 150.

⁸² Ibídem, pp. 152-160.

⁸³ Maeder, op. cit, p. 249.

⁸⁴ Leonhardt, op. cit, p. 156.

⁸⁵ Cabrera, *La conquista espiritual*, p. 21.

legislado la prohibición de la venta de vino, armas y caballos a los indios, lo que se escribía con una mano se borraba con la otra. Pero también –afirma Maeder- que si bien la Corona apoyaba sin dudar los emprendimientos reduccionales, no siempre llegaba la ayuda económica para sostenerlos de parte de los gobernantes locales. Pero aun más, pues los prejuicios etnocéntricos de la época contribuían a separar las relaciones con los españoles⁸⁶. Nos quedamos con lo escrito por el P. Bruno⁸⁷, que no es prácticamente citado en los numerosos estudios sobre estas reducciones, quien afirma categóricamente que “los más peligrosos enemigos de la reducción de los Pampas vivían en Buenos Ares”.

El P. provincial Barreda informó posteriormente desde Córdoba el 2 de agosto de 1753 que la conversión de los pampas se perdió por “*no haber acudido a tiempo los gobernadores con tropas*”, y cuando lo hicieron “*fue con tan poca prudencia y ninguna caridad, que antes de perseguir a los infieles mataron los soldados algunos de los cristianos*”. Por eso los que quedaron con vida se unieron a los infieles, pues ya descreían de los españoles y destruyeron la reducción “*sin que fuese bastante para contener la imprudencia de los soldados el ruego de los padres, que, con inminente peligro de la vida, se mantuvieron solos*”⁸⁸.

De tal modo que después de los fracasos reduccionales emprendidos en el Siglo XVII, los procuradores jesuitas comenzaron a advertir a la Corona la necesidad de evangelizar la Patagonia y alcanzar el Estrecho de Magallanes. Pero ante el escaso apoyo recibido, utilizaron el argumento de una posible intromisión territorial de portugueses e ingleses. Con este ardid (aunque verdaderamente factible) querían evitar más derramamientos de sangre en la región, actitud de los jesuitas que consideramos estuvo por encima de la acción reduccional. Estos reclamos se puntualizaron, al menos en el mandato real, sobre el reconocimiento de la costa del actualmente llamado Mar Argentino, que realizó el P. Quiroga, en cuya expedición no se hallaron indios, pero se logró relevar cartográficamente la costa patagónica. Mientras tanto, uno de sus compañeros, el P. Cardiel, después de aquel viaje, siguió explorando hasta alcanzar el Río Colorado, ubicando y describiendo infinidad de parcialidades y proponiendo un plan de evangelización muy alejado de la experiencia guaraní. Pero no solo no llegó a concretarse sino que los jesuitas no pudieron contener las duras metodologías de los gobernantes frente a las rebeldías de los indígenas y todo quedó abandonado.

⁸⁶ Maeder, op. cit, p. 248.

⁸⁷ Bruno, op. cit, t.V, p. 73.

⁸⁸ AGI, Buenos Aires, 535, cit en Pastells, op cit, t. 8a, pp. 76-78 y Bruno, op. cit, t. V, p.77.